

Un capítulo de la novela

LA MÁSCARA Y EL ESPEJO

Premio Plaza y Janés, 1993

Quinto Festival de Teatro

Apertura de precepto

*

Grupo de Teatro Callejero

Los Goliardos

Presenta

*

Auto de Fe

Farsa Sacramental

Del dramaturgo Juan Tanamera

*

12.00 del día, Sábado de Gloria

Atrio de la Catedral, Avenida del Fundador, Plazoleta del Carmen

*

Indulgencias para todos los asistentes

Entrada Libre

Cuando el reloj de la catedral da los doce campanazos se oyen redobles de tambores que alertan a la muchedumbre arremolinada al rededor del atrio, apenas contenida por doble fila de guardias. Detrás de éstos se agolpan "los externos", en el papel de populacho, que han afluído desde temprano y ocupan posiciones de privilegio, vale decir estratégicas; lo que asegura el desarrollo de lo que vendrá y, eventualmente, la retirada. Al menos, eso es lo que han previsto los organizadores.

La puerta lateral izquierda de la catedral se abre y un bululú extravagante en traje de pregonero, entra en escena golpeando la matraca. Dejándola a un lado, desenrolla un pergamino y anuncia:

-Nos, fray Toribio Queimada y de Lespanto, prior del Monasterio de la Santa Cruz de la orden de los predicadores de Nueva Catoliconia, servidor del Rey y de la Reina vuestros señores, Inquisidor General de la herejía en estos nuevos reinos de aquende el mar, Mandatario y Delegado de la Santa Sede Apostólica, hacemos saber al pueblo de esta ciudad que el Santo Oficio celebrará a continuación un Auto de Fe. Este pregón se hace para que nadie ignore que es gran felicidad para los culpables el ser llamados a comparecer ante Dios de esta manera. Que el Santo Oficio podría dejarlos vivir y que, así como Dios hizo con Caín, los podría marcar con un signo, a modo de advertencia para unos y edificación para otros; pero ha tenido a bien considerar que al prolongarles la vida, y dada su malvada naturaleza, pueden cometer otros pecados exponiéndose a una segura condenación eterna. Para todos aquellos que asistan o presten ayuda a este glorioso acto serán otorgadas gracias especiales e indulgencia plenaria, como quien dice el perdón de todas sus culpas y malas intenciones. *In verbis*, amnistía general. ¡Qué más quieren!

Se abre la puerta lateral derecha. Unos alguaciles sacan a tres reos, descalzos y con sambenito al cuello, exponiéndolos al escarnio del populacho que pide a gritos su muerte.

Se abre entonces en toda su solemnidad la puerta principal de la catedral. Aparece un clérigo en el que reconozco al capellán; viste una casulla color carmesí bordada con filigranas de oro, avanza hasta el atrio y entona solemne:

—Idos, la misa ha terminado.

El maestro de ceremonias proclama:

—Terminado el sacrificio que a la tierra y cielo alegra y en el cual está cifrada la vida y salud eterna, procedamos en paz.

Comienza el repique de campanas que da la señal para que la solemne procesión empiece a salir al atrio, se desborde sobre la plaza y se abra paso por entre la abigarrada muchedumbre. La Cruz soberana de color verde, el color de la constancia y de la eternidad, cubierta de velo negro en señal de duelo y decorada de ramas recién cortadas en el solar de la casa cural, madera viviente, símbolo de la fe verdadera, llamada a triunfar sobre las ramas secas destinadas al fuego, escoltada por frailes con cirios crepitantes, abre el cortejo. Los mismos guardias, sobrecogidos por un sentimiento de acatamiento y respeto, entran en escena, ayudando a dar curso a la procesión que se encamina por la avenida del Fundador hacia el norte. A su paso, pobres y honradas gentes (los "externos") exhortadas por los frailes con fervor repulsivo se postran rostro en tierra y se golpean el pecho al ritmo del tintineo de una campanilla. Enseguida van los reos. El primero, un indio con arreos de plumas y una ruana desteñida y desflecada, avanza cojeando, con un pesado madero a cuestas. Los otros son dos mestizos, con túnica anaranjada, vela verde en las manos, sogas en la garganta, sambenito y coraza con pintadas figuras alusivas a sus delitos, cabeza gacha, los ojos fijos en los pies desnudos, entre frailes que los reprochan, crucifijo en mano, y soldados con espadas vigilantes, porque más seguros vayan. Yo, a espaldas del último reo, mal que bien, hago el papel de ángel custodio, con alas doradas, espada de cartón cubierto con papel plateado y cabellera tomada en préstamo a la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. En realidad me siento incómodo bajo la túnica blanca que, por capricho del encargado del vestuario, está toda salpicada de sangre y provoca miradas repulsivas entre los espectadores. Fiel a la estrategia de asegurar la retirada, me mantengo alerta para, si es el caso, tirar la espada, desgarrar la túnica y desertar por entre la muchedumbre. Detrás van los maniqués o espantapájaros, efigies en paja de los condenados, que danzan un baile siniestro. Caras deformes de cartón pintarrajeado, ojos reteñidos de carbón y barba de estopa, sambenitos de fique teñidos de amarillo quemado,

sobre los que se puede leer el nombre y los crímenes de cada uno de los condenados: Caupolibán, antropófago, idólatra y sodomita; José del Carmen Rubio, alias "el zambo" y José Rosario Blanco llamado "el cholo", ladrones, blasfemos y sediciosos. Siguen los borreros embozados en sus caperuzas, el alguacil mayor con sus tenientes y el capitán de guardia. Después, caballeros de hábito que en cajas adornadas llevan las sentencias; y guardándoles la espalda, el juez de bienes confiscados, con sus puntas y ribetes, abanico de peritos y calificadores.

Las alabardas al hombro, los milicianos del Santo Oficio tratan de mantener el orden y el respeto e incitan al pueblo a bajar la mirada al paso de los blasones de la Inquisición, enarbolados por el Fiscal y escoltados por sendos caballeros de hábito que asen de sus borlas. Es un estandarte de color carmesí que ostenta sobre escudo de fondo terroso, la cruz verde con ramo de olivo a la diestra y espada desnuda a la siniestra. Alternados de dos en dos, siguen los miembros del cabildo eclesiástico y los del secular. Pasos luego, se codean muy enhiestos y disputándose el aire que respiran, ante todo los Adelantados; luego, Oidores según antigüedad, oficiales de la audiencia, regidores, consejeros y demás gente de prosapia, jinetes todos ellos sobre enjaezados palos de escoba, premonición de la presencia virreinal. Pisándoles los talones atropella rancia progenie, engreída de recién arrogados blasones: sota de aceros con tic de pernada campeando en rojo sangre y lema en oro gualda: "Se obedece pero no se cumple". Rodeado de miramiento rayano en temor, enseñoreándose sobre la multitud en suspenso, con aires de ángel exterminador, revestido de rigor y observancia, es llevado en andas fray Toribio Queimada y de Lespanto, el gran Inquisidor. Bajo palio, coronando con gravedad la procesión suprema, sobrelleva la suma y doble dignidad del Nuevo Reino, el arzobispo- virrey Poncio de la Espuela y Gongo, rodeado por cohorte de turiferarios, genuflexiones y empalizada de lanzas, mientras imparte bendiciones a la plebe sumisa. El sol en el cenit hace reverberar cascos y armaduras, brocados y joyas, el sudor de los reos y las miradas ansiosas del populacho. A la vera del cortejo, un furtivo fraile franciscano saca pliegos de sus mangas y los desliza a hurtadillas en manos de los mirones.

Aprovechando las pausas a que obliga el apretujamiento de la muchedumbre, los reos son objeto de la sevicia de los frailes, que cubriéndose la cabeza con sus caperuzas agujereadas, se convierten en un santiamén, en sus verdugos. Al indio lo despojan de la ruana y, dejándolo semidesnudo, con

un látigo le refrescan los cardenales en la espalda. Le ciñen la cabeza con corona de espinas, dejándolo hecho un cristo y rey de burlas a la vez. Inclinado bajo el peso del madero, queda a merced de un fraile encapuchado que a todo correr le clava unas banderillas, reclamando a continuación el aplauso de los espectadores. El populacho enardecido, insulta a los reos y pide su muerte. Una monja se postra de rodillas al paso del que soporta el madero y le hace la verónica con un espejo de latón, enmarcado en cuentas de vidrio multicolor, revelándole lo feróstico de su catadura y la vergüenza de su desnudez. Un muchacho travieso aprovecha para ponerle zancadilla y el reo besa el polvo aplastado por el madero.

La procesión se detiene frente a la plazoleta del Carmen. Tres veces suena la matraca, tres veces se golpean todos en el pecho. El portador de la cruz se dirige al tablado erigido a la entrada de la Escuela de Arte Dramático y la coloca sobre el podio central. Pendiente del dintel se lee: "Haced esto en memoria mía". Y bajo el lema, un exangüe crucifijo preside desde fondo negro. Los que van llegando ocupan las graderías de abajo hacia arriba según rango, los laicos a la izquierda y los eclesiásticos a la derecha, hasta colmarse la pirámide con el arzobispo- virrey y el Gran Inquisidor. Este ocupa el lugar más alto, un sillón de terciopelo negro frente a una mesa en semicírculo, sobre la que reposan una campanilla y los Evangelios. Negras colgaduras forman el telón de fondo, en cuyos pliegues se camuflan esbirros que parpadean por los agujeros de las caperuzas oscuras. La cristiana palestra rebosa de virreinal pompa. El populacho apretujándose, se desborda por las cornisas, los enrejados de las ventanas, las gradas de los portones, aparece en los balcones y las terrazas, se asoma por los altozanos, miradores y camerines, se encarama en las barandas y el esmirriado árbol de la esquina.

Mientras los reos quedan expuestos al escarnio del populacho, el Fiscal procede a leer los cargos; y las efigies que remedan a aquéllos pasan a ocupar el centro de la escena donde, una vez leídas las sentencias, serán objeto de la ejecución simulada de éstas.

—Lo sorprendimos—Dice el Fiscal señalando amenazante a la efigie del indio. —chapaleando desnudo en el fango inmundo del pecado. Como que porfiaba en adorar al sol como si fuera el mismo Dios.

—¡Bruto! No es fango. Es oro en polvo.— Lo defiende el de los descargos, un Adelantado que se abochorna bajo su armadura.

—No obstante la maternal generosidad de la Iglesia que accede a compartir con él la sagrada agua del bautismo— Insiste el Fiscal —este perro infiel se obstina en rechazarla.

—¿Pero para qué?— Pregunta un fraile —¿acaso tan pusilánime acémila de carga, tiene un alma?

Entre tanto el coro desde las ventanas de la Escuela de Arte Dramático, canta:

Un indio tan ignorante
que adora sólo la luz
¿adorará nuestra cruz?

—¡Voto al diablo! Que el desalmado sois vos— Perjura un recadero del Papa apostrofando al fraile— Que sin almas no hay cruzada. Y así le hurtáis el pretexto, al rey de colmar sus arcas y a Dios de ensanchar su reino... así en la tierra como en el cielo. Que donde no impera la cruz, reina la barbarie.

—¡Que se me parte el alma! Pero si Roma lo dice... Es como si no la tuviera, que la posee el demonio.— Ataca en retirada el fraile.

—Estos, alma, sí que la tienen— Lo dice un Conquistador, tan cortés como valiente —pero se la vamos a aniquilar.

Dos frailes, entre tanto, le han puesto a Caupolibán una camisa de fuerza y con los extremos de ésta lo han atado al madero que reposa sobre el tablado. Ahora comienzan a verter agua en un embudo que le han introducido en la boca, mientras le mantienen la nariz tapada. Otro, crucifijo en mano, lo instruye en el sentido del sacramento del agua y en los misterios de su nueva fe. Terminado el bautismo, leen la sentencia:

—Este animalillo de dura cerviz (consta en actas que se le advirtió su entera responsabilidad, en caso de lesiones: su pierna derrengada sea testigo) ha confesado sus crímenes sólo bajo la férula del tormento. Idolatría, antropofagia y sodomía. Y como si eso fuera poco, sedición. Se autoproclama liberador de los suyos, como quien dice Mesías a su manera. ¡Qué atrevimiento! Y, como de no creerlo, se dice hijo de dios, porque según sus perniciosas supercherías, los príncipes de su tierra son hijos del sol. A pesar de tanta infamia estamos convencidos de ejecutar la voluntad de Dios al concederle el bautismo para arrebatarlo de las garras a Satanás. Consideramos prudente, no obstante, asegurarle la vida eterna con el bautismo de sangre, no sea que por argucias del Demonio y viéndose ya libre del

tormento, reniegue de su nueva fe. Lo condenamos a empalamiento con el madero que ha traído a cuestras, a fe que es indigno de morir crucificado en él, como nuestro Salvador. Y una vez empalado que sea asaeteado hasta que buenamente muera para que, a la manera de nuestro San Esteban, sea recordado como el protomártir de estos nuevos mundos. Que sus restos sean confiados a la hoguera para que el fuego de cuenta de las impurezas restantes.

Para contento del populacho, los borreros escenifican con la efigie del indio una ejecución de mentiras: sientan el espantapájaros sobre la punta de una estaca aguda que le barrena las entrañas hasta salirle por la boca. Los arqueros lo flechan hasta dejarlo como un puercoespín. En seguida lo quemán. Desde el fondo de la muchedumbre se deja oír un ¡Aaah! de satisfacción.

Izan las efigies de los dos ladrones, y la voz ruge amenazante:

—Mestizos rebeldes, sangre manchada, inmunda caterva, alborotadores de la hez del común. Falsos, serviles, abandonados y perezosos, habéis pretendido haceros a bienes ajenos por el cómodo atajo del robo, valiéndoos de las armas y al frente de una chusma amenazante. Escoria sin nombre, que habéis osado morder la mano que os da de comer. No contentos con nuestra generosa indulgencia, os alzasteis alevosos por valles y montañas, desconociendo el derecho divino de los reyes, al querer insubordinar a la plebe con peregrinas ideas. Como si la autoridad naciera del pueblo. ¡Blasfemia! Todo poder viene de Dios. Es nuestra voluntad que os sean cortadas las manos, que se os exhiba desnudos por la ciudad sobre un tablado, que seáis arrastrados al lugar del suplicio, y puestos en la horca hasta que naturalmente muérais; que, bajados, se os corte la cabeza y el cuerpo sea descuartizado por cuatro caballos que tiren de las cuatro extremidades; que los restos del cuerpo sean desmenuzados antes de ser tirados al muladar; que sea declarada por infame vuestra descendencia, ocupados todos vuestros bienes y aplicados al Real Fisco; que sean assoladas vuestras casas y sembradas de sal; que vuestros nombres no se pronuncien nunca más para que sean cubiertos por el olvido. Amén.

Sus efigies son objeto del despedazamiento que describe la sentencia. Los reos enjaulados miran al vacío, su cabeza hundiéndose entre los hombros, la boca entreabierta en el intento inútil de exhalar un grito, el aire paralizado en sus pulmones. Un rumor brota del populacho, ácido e insultante. Pobres de espíritu, todos saborean en el trato vilipendioso dado a los maniqués, la prefiguración del gran espectáculo final. La gente de bien halla un motivo de

edificación cristiana y los ladrones su ocasión; los librepensadores osados, escarmiento; las viudas, recuerdos que las atormentan; los caballeros, imágenes de amonestación para sus paniaguados; los mendigos y perros callejeros, coces y migajas. Entre tanto el coro agota una larga letanía:

—Contra injusticia, paciencia. Contra rebelión, obediencia. Contra orgullo, humildad. Contra ambición, pobreza. Contra robo, desprendimiento. Contra violencia, resignación. Contra...

De nuevo se oye la voz que sentencia:

—Como reo ausente, condenamos a cadena perpetua, más cuarenta azotes por semana, a un tal Alfonso Mariño, por mal nombre "el precursor", por difundir doctrinas foráneas que pomposamente ha dado en llamar Derechos Humanos. ¿Para qué, si tenemos todos los divinos?

Al oír esta sentencia, el escurridizo fraile franciscano, arrebujándose con la caperuza, se pierde entre la multitud.

El arzobispo- virrey dirigiéndose a los condenados agrega:

—Os increpamos a arrepentiros para que vuestra sangre no sea derramada en vano y podáis así, en el mismo acto de morir, reconciliaros con la comunidad cristiana. Testigo el cielo que por culpa vuestra han recaído sus castigos sobre nosotros. Que desde hoy plazca a Dios darnos de nuevo la lluvia para nuestros campos, el pan y la salud para nosotros y nuestros hijos. Por ahora la Iglesia ha terminado con vosotros, desgraciados hermanos. Ella os abandona a la justicia de los hombres para que os castigue sobre esta tierra, así como nosotros hemos procurado castigaros según los cielos. Padre Nuestro que estás en los cielos, perdónalos, porque no saben lo que hacen. No está por demás decir que nos desarmamos de toda mala intención y que nos despojamos de todo sentimiento de rencor, revistiéndonos de entrañas de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Id en paz.

Los alguaciles los toman y se los llevan, desapareciendo tras los bastidores negros que ocultan la entrada a la Escuela de Arte Dramático. Yo, ángel custodio, me apresuro a seguirlos. ¡Por fin a salvo! me digo a punto de salir de escena. Pero en ese momento un espectador, muy elegante por cierto, saca no sé de dónde una rata muerta y me la restriega en pleno rostro, escabulléndose entre la muchedumbre. Eso faltaba.

Ya adentro, desde una ventana, veo cómo un acólito con jarra, palangana y tela de lino le hace el lavatorio de las manos al arzobispo- virrey, mientras el coro entona:

—Que tu mano derecha no sepa lo que hace tu izquierda.

El agua, al tocarle las manos, se convierte en sangre.

—¡Milagro! ¡Milagro!— Exclama el coro.

El arzobispo- virrey se retira del estrado arrojando una mirada sobre la muchedumbre, mientras reflexiona en voz alta:

—Ved los prodigiosos efectos que causa la palabra de Dios en estos rústicos vasallos reduciéndolos a la justa subordinación. Se marca algo a fuego lento para que quede en la memoria. Lo que no cesa de doler, sólo eso, queda en la memoria de los pueblos. Bautizamos con sangre y purificamos con fuego a los primogénitos de esta nación. Sirva de precedente a las generaciones por venir.

El coro canta:

En surcos de dolores
-La patria así se forma-
El Credo a sangre cala

El populacho grita fuera de sí, incitando a los fingidos verdugos y contorsionándose como un huracán a punto de desatarse, al notar que desde lo cerros vecinos avanza incontenible la tormenta que en pocos minutos ocultará el sol, sumiendo la ciudad en el diluvio. Con los primeros chaparrones centellea el primer rayo. Se oye una ráfaga de truenos y la muchedumbre se resquebraja en miles de rostros descompuestos. Cae un telón de agua.